

ERAN OTROS TIEMPOS.

A mis hermanos y primos y a los amigos de siempre.

Nuestras conversaciones parecen girar siempre en torno a vivencias pasadas y nos habituamos a ese ejercicio mental de retrotraernos en el tiempo evocando momentos y experiencia que han sido significativas en nuestra vida personal y familiar. Esto hace que, de algún modo, nos aferremos a ese sustento sobre el cual descansa la percepción de la realidad, y al mismo tiempo, alimenta la esperanza de que nunca dejaremos de ser algo de niños.

Para los que fuimos niños hace cuatro o más décadas atrás, pensar en casa con televisor, equipos de sonidos multifuncionales, refrigeradores automáticos, lavadoras inteligentes, hornos microondas programables...etc., simplemente era situarse en un mundo futuro más allá del 2000, donde se aseguraba con terror la aproximación del “acabo de mundo”

Nuestras madres, educadas formal e informalmente para llevar el hogar, lavaban, cocinaban, costuraban a mano y hacían cuanta tarea doméstica requiriera de su presencia con elementos y artefactos que hoy día parecerían mecanismos sacados de alguna enciclopédica prehistórica.

Recuerdo con nitidez la adquisición del primer radio receptor, y a mi padre, que generoso con los vecinos aumentaba los decibeles del aparato para compartir con ellos el ruidoso sonido de su “joyita”, la cual producto de la estática nos hacía escuchar ininterrumpidamente nuestro radioteatro favorito. La imaginación volaba con las ondas radiales a esos lugares tan bien descritos por los personajes de programas tales como: “La familia chilena”, “Hogar dulce hogar”, “Residencial la pichanga”, “Radio tanda”. Aprendimos historia de Chile y nos atrincherábamos en familia a oír “EL séptimo de línea”, “El espejo”, “Los ofensores”. “Lo que cuenta el viento” nos llevaban a esos remotos lugares del campo chileno donde se sucedían historias de “entierro”, encuentros con fantasmas, duendes y apariciones de almas en pena, la puesta en “escena” de la producción de sonidos en la ambientación ponía más colorido a las narraciones. Si no nos vencía el sueño temprano, podíamos oír las terroríficas historias de “La tercera oreja”, “El siniestro Doctor Mortis”, ir a la cama después de estos relatos era un verdadero desafío a la valentía.

Nuestras madres, por la tarde escuchaban los radioteatros de “Nieves López Marín” o de “Arturo Moya Grau” la inacabable radionovela de “Esmeralda, la hija del río” o las fabulosas historias de “Fortachón y su perro valiente” y “La linterna roja”. Por la tarde se remataba el planchado con los especiales musicales de los ídolos de “La nueva ola” interpretados en un perfecto inglés “Maden in Chile”

Tema aparte eran las transmisiones deportivas, las peleas protagonizadas por el gran boxeador Godfren Stevens o los partidos de fútbol del Colo-Colo de todos los tiempos jugados a una vertiginosa velocidad que solo cabía en la imaginación del relator de turno. Nuestros espíritus se regocijaban escuchando nuestros programas faranduleros preferidos y la imaginación ilimitada que producía el traspase en las interferencias de voces extrañas que hablaban en otros idiomas cuando el poderoso aparato captaba bandas de otras latitudes.

Comodidades no había, como eran desconocidas, no eran necesarias. Lo que sobraba era tiempo, tiempo para los afectos, para el almuerzo familiar donde todos nos atropellábamos por contar primero las novedades de la media jornada de trabajo, que se interrumpía invariablemente para dar este espacio tan necesario.

Había también mucho tiempo para jugar. Estos eran distintos para niños y niñas y dependían de las estaciones del año. Para las féminas, el preferido eran las rondas: “Arroz con leche, me quiero casar”, “Mambrú, se fue a la guerra...”, “los tres alpinos...”, “Alicia va en el coche carolín....”, “Mandandirun dirun dan.....”, “La niña María.....”. Con la pelota y estrellitas jugaban a: “La del diez”. La cuerda y sus variaciones ayudaban a calentar el cuerpo en invierno. Por supuesto que las niñas además se entretenían jugando a “Las muñecas”, “Al negocio”, “A las visitas”, “A la escuela”, “Al doctor” (juego compartido), “A la estatua”, “La tiña”, “Azúcar candia”, “Al coche quebrado”, “Al pescado cocinado”, “Casineta”, “A la escondida”....

Lo niños jugábamos al “Paquito libre”, al peligroso “Caballito de bronce”, a “Parir la chancha”, con bolitas y polcas jugábamos al “Chorte”, “Choclón”, “Troya”, “Capitula” y “La ratonera”. Otros juegos comunes eran el “Emboque de madera”, o su alternativo, “Un tarro de pomarola con un hilo”, “Al trompo cucarro”, “Las hormillas” (botones arrancados maliciosamente de los abrigos de los abuelos), “Los zancos de tarro”, el “Run-run de botones o chapas aplastadas”, “La cerbatana” para disparar hojas de papel enrolladas en forma cónica, “El clavo”, “El volantín chupete” con hilo curado y la sobria “Cambucha”, la famosa “Honda” para disparar pelotitas de

papel a las partes impúdicas de los amigos . Era muy mal visto que los niños practicaran juegos de salón como “Cartas”, “Dados” y “Toma todo” (la famosa pirinola numerada), se les asociaba como antesala del vicio y la perdición. Los niños no invadían los juegos propios de mujeres y ellas no lo hacían con los nuestros, eso se consideraba una falta grave de lealtad al género,.... entre otras denominaciones.

Nuestras tardes invernales de encierro también tenían su encanto pues, al lado del “braseo” después del nutritivo “pavito” de harina tostada con humeante pan caliente, nos dábamos a la lectura de las últimas revistas de intercambio que habíamos conseguido. ¡Cuántas aventuras compartimos a través de : “El espía 13” , “tarzan y los monos” , “Jungla” , “El fantasma” , “Batman” , “Trinchera” , “Roy Roger” , “Read Líder” , “Barrabases” , “Mampato” , y nuestro ídolo inigualable “El llanero solitario” . En la edad púber nuestros “intereses culturales” , se hicieron mas atrevidos y guardábamos como tesoros publicaciones como “Sussy” , “El pingüino” , “Viejo verde” , “Pepe antártico” , “Cosquillas” , mientras las féminas ensoñaban sus idilios con : “Corín tellado” o se adentraban en el mundo de las estrellas en las publicaciones de ; “Cosita” , “Ritmo” o “Ecran”.

Las pichangas callejeras y los momentos “culturales” terminaban abruptamente cuando alguna mamá llamaba a cumplir con los deberes escolares, y armados de tijeras, sobras de lana, cartones en desuso, restos de papel de antiguos regalos, y una buena taza de engrudo fresco, nos dábamos a la tarea de armar ingeniosas carpetas y de resolver torturadores problemas de aritmética y de la inentendible teoría de conjuntos.

Hasta que llegó la “Tele”, fue el acontecimiento más perturbador para nuestra ilimitada fantasía. Los mas pequeños hurgaban en la parte posterior del aparato queriendo descubrir los “monitos” (humanos en miniatura) que circulaban por cable , tubos y circuitos , mientras los mayores conquistábamos el lejano Oeste con “Bonanza” , “El gran chaparral” o nos sumíamos en el cosmos con “Perdidos en el espacio” , bajábamos a las fosas abismales submarinas en “Viaje al fondo del mar” , sufríamos con “Los hermanos coraje” , librábamos batallas heroicas con “Combate” , nos enternecíamos hasta las lagrimas con “Nino” (cuyo ultimo capitulo paraliza el país) , nos enamorábamos con “Muchacha italiana viene a casarse” y que decir de “Simplemente Maria” . La jornada se remataba por la noche con “Sombras tenebrosas”, la sola introducción de la música característica de la serial atemorizaba al más valiente, salir a la calle después de esta experiencia era exponerse con seguridad a ser victima de alguna mordida de vampiros que acechaban en la oscuridad. El humor irreverente y

tragicómico de “La pantera rosa” nos hacía cómplices de sus chabonadas. El pequeño mundo de “Pin-pon” nos transportaba a la fantasía soñada de querer descubrir esa pócima misteriosa que nos acercara a ese mundo diminuto.

“El adelanto tecnológico” que significo superponer una pantalla transparente que degradaba los colores básicos que permitía ver los “monos a colores” sencillamente fue un adelanto inesperado.

Pero lamentablemente con la aparición de esta “maravillosa cajita”, olvidamos de mirarnos, de escucharnos, de compartir, de jugar con los demás, de inventar, perdimos algo de esa ilimitada capacidad de imaginar, y lo más importante, nos olvidamos de soñar.

Tomé , Verano del 2000